

En este momento de suaves felicidades, es cuando nuestro recuerdo está más vivo hacia vosotros, camaradas que lucháis en el frente. Tal vez sintáis la añoranza de la familia. Mas, hermanos en la hermandad del peligro y de la muerte, no os faltará el fuego dulce del hogar. Y una madre es vuestra compañera: España.

Romancero en prosa de la Guerra Azul

Una voz dice: ¡Hermano!

En el frente de batalla del sector de Toledo, interviene uno de nuestros carros de asalto. Se acerca sobre las trincheras rojas, en avance bien calculado, triunfador. A la vista de los ocupantes de las trincheras enemigas, surge del carro español un grito. Un grito que clama: ¡Hermano!

Ha dicho ¡hermano!, uno de nuestros soldados. El timbre de la voz, la invocación de la sangre, llaman con aldabonazo seguro en el pecho de un luchador, hasta entonces por desventura suya, enemigo de la España eterna.

Escucha la palabra maravillosa, redentora, sublime, y el luchador rojo tira el fusil, se agazapa sobre los sacos de arena y dando un salto, cruzando por las balas que parten de uno y otro campo, llega hasta el carro y entra, puesto que ya le esperaban con la portezuela entreabierto.

El grito ¡hermano!, ha partido de un soldado azul; el otro, rojo, tué rojo por duro mandato, en la coyuntura difícil de morir o empuñar las armas.

Es digno de reflexión el caso. Millán Astray, a quien señalé en el principio del Movimiento en mi «Romance en Prosa» titulado «¡Viva la Muerte!», como una verdadera reliquia, mitad vivo y mitad muerto por la Patria, decía hace poco a los luchadores rojos que ni un sólo caso se da de español y creyente, por su desgracia en poder y víctima de las fuerzas rojas, que en el instante de perder la vida, proclama como un error, haber amado antes a Cristo y a España. En contraste absolutamente distinto, observad lo que pasa de este otro lado de las barricadas en nuestro glorioso frente azul. Aquí, quien no creyó en vida en España y en Dios, le pregona con entereza en la hora de acabar; con vivas a Cristo, Señor de la Vida y de la Muerte, terminan en este mundo y se adentran en el otro los que sufren el peso y el rigor de la justicia. Lo ven al morir, los que no se detuvieron y besaron sus plantas entre los atanes y las ambiciones y los egoísmos de la existencia.

La Nochebuena de los caídos

Un día eran niños; esperaban con ansias el día de Nochebuena. Preparaban en su casa un «belén»; jugaban con los pastores, y con los Reyes Magos; con las estrellas y con los ángeles. Y en el pesebre, un pesebre diminuto y ordenado, yacía la imágen dulce de un niño que acababa de nacer.

Y fueron felices adorándole; en su derredor se agrupaban los hermanitos, los amigos. El sonido agradable de la zambomba retumbaba en la estrecha habitación de sus juegos. Y los padres les miraban gozosos pensando en el mañana; en ese mañana en el que tenían puestas las esperanzas de felicidad y en el que cifraban la bondad de sus hijos.

Pero ese mañana no fué la era de paz de su infancia; la Patria se convulsionaba en latidos que parecían de muerte; el rezumar del cañón vino a sustituir en esta Navidad, el zumbido de la zambomba, el agradable redoblar de las castañuelas. Y las voces llenas de autoridad del que manda sirvieron este año de villancicos alegres.

Y dieron su vida; y cayeron antes de la Navidad, de la Nochebuena de su infancia.

Ya no tienen aquel «belén» de figuras de cera ni de luceros de purpurina; están en lo alto, sobre las estrellas, con ángeles de verdad y luceros de luz.

Y un Niño, recién nacido, no muñeco, que les sonríe como queriendo jugar; porque nuestros caídos todavía eran niños cuando supieron morir como hombres...

Ese mismo es el caso del soldado azul, que grita a su buen hermano —qué bueno fué uno de los dos ladrones, el converso, que crucificaron al lado de Nuestro Señor— para que pase a nuestro campo. ¿Concebís que un rojo llame a un hermano que lucha desde las filas donde domina el azul?

No. No puede concebirse. Porque invocar hermandad requiere un principio sagrado, que es el de tener una misma madre; pero no existe hermandad cuando no se reconoce lo sagrado de un hogar y lo limpio y ennobecedor de una honra. Decir hermano, ha de ser a seguida de gritar el nombre de la madre de todos, España. El «rojo» al llamar al hermano que lucha en España Azul, ¿qué puede invocar, desventurado, como maternidad que los enlaza? ¿Dónde está la madre para él?

Lo grande y superior de nuestra causa es eso. Que encontrándose dos hermanos, frente a frente, en la emoción de la batalla, de nuestro campo sólo puede brotar la voz: ¡hermano!, pronunciada con fidelidad y exactitud. Los rojos dirán:

—Es que para nosotros todos somos hermanos. ¡Bella farsa y formidable mentira! El amor de la madre y el amor de la Patria, superan en mucho el amor de la humanidad. No se es hijo de cualquiera y solamente se quiere a la humanidad de cualquier manera, que es no quererla de ninguna forma, cuando no se ha tenido ni una Patria ni una mujer, que custodian nuestra honra y velen nuestro sueño.

TEOFILO ORTEGA

(Servicio de la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda)
21 XII 1936.

En estos días de Nochebuena propicios al recuerdo y a la meditación, sería conveniente y hasta necesario, que todos, todos, hiciesen un exámen imparcial de su conciencia para ver lo que han hecho en la guerra, y más que esto, lo que han dejado de hacer...

Y proponer una enmienda para el futuro.

IMP. DE F. GARCÍA.—BRETÓN, 6

Su mejor cuento de Navidad

Prestaba servicio como miliciano de la España Grande—era periodista. De vez en cuando escribía algo para su diario. Vestía camisa azul y siempre se distinguía por su coraje en la batalla.

Aquella noche tenía que hacer «su cuento de Navidad»; siempre lo hizo. Todas las Nochebuenas el director del periódico le hacía el mismo encargo: «Para mañana quiero un cuento de Navidad». Y el periodista se sentaba en la mesa, encendía un pitillo y escribía «su cuento» siempre triste, como todos los cuentos de Navidad. Siempre nevaba en sus cuentos y siempre se oía lejano el canto dulce del villancico y las dulces campanadas de la misa del gallo.

Ahora estaba allí, en el parapeto, en un puesto de peligro... Y llegó la Nochebuena, y sintió ansias enormes de escribir su cuento. Lo fué pensando mientras hacía la guardia; este sería más triste, más humano que todos los que escribió en su vida periodística. Ahora sí que al enviarlo a su periódico el director no diría como siempre: «No está mal se le puede publicar reformándole un poquito». Ahora sí que sería magnífico, porque el periodista sentía como soldado, porque aquella noche había contemplado las estrellas sobre la nieve, porque sentía nostalgia de hogar y alegría de luchar y vencer.

Y cogiendo su bloc de notas, comenzó a escribir aquel cuento, el mejor de su vida.

La tarde estaba tranquila. Ni un sólo disparo se había oído. Anoche, el sol daba a las nubes un tinte de sangre y a los montes un azul de cielo. Y así el joven periodista, sentado tras el parapeto, escribía su cuento, inspirado, melancólico... cuento úe Navidad en guerra.

Pero una bala, la única que había silbado aquel día, atravesó el pecho del periodista. Allí quedó cara el cielo, mirando el sol que se ponía. Un hilillo de sangre corrió por la nieve de su cuento. Al lado del periodista, quedó su bloc con el comienzo de «su cuento de Navidad», su mejor cuento, al que no pondría peros el director.

...Y el sol se puso tras de los montes en aquella Nochebuena triste del año primero de la segunda Reconquista...

«Y en la tarde, había una tristeza infinita» —como empezaba su cuento inacabado...

J. LOPEZ CORDOBES